

Quinto Domingo de Pascua B2024

Permítanme comenzar esta homilía refiriéndome a una experiencia de vida. Todos, incluso yo, hemos pasado por la experiencia de no cumplir con nuestros compromisos y promesas hacia Dios e incluso hacia nuestros semejantes. Repetidamente caemos en los mismos errores y pecados con poco éxito en deshacernos de ellos. A veces, debido a la discrepancia entre nuestras palabras y nuestros actos, nuestro corazón se rompe. A veces nos sentimos impotentes y tenemos remordimientos, porque nuestra conciencia nos juzga por haber fracasado.

Para San Juan, si nuestra conciencia nos condena, sabemos que Dios es mayor que nuestra conciencia y que él lo sabe todo. Cada vez que hemos conscientes de haber pecado, podemos confiar en la misericordia de Dios. De hecho, el Dios omnisciente que nos conoce mucho mejor que nosotros mismos es rico en misericordia y verdaderamente perdona a quien se humilla ante él. Sin embargo, si no somos conscientes de haber pecado, tanto estaremos seguros del favor de Dios hacia nosotros.

El objetivo que persigue san Juan aquí es evitar que nos desesperemos cuando hemos pecado. Él quiere que confiemos en Dios y confiemos en él en cualquier asunto que suceda en nuestras vidas. En verdad, no se trata de dejarnos vivir en la mediocridad, sino de ser mejores apoyándonos en la misericordia y el perdón de Dios. Por eso dice que la eficacia de nuestra oración depende de nuestra fidelidad a Dios, "puesto que cumplimos los mandamientos de Dios y hacemos lo que le agrada".

Los mandamientos se pueden resumir en la fe y en el amor a nuestros hermanos y hermanas. Sin guardar los mandamientos, no hay manera de agradar a Dios. Nuestra obediencia a los mandamientos garantiza nuestra comunión continua con Dios. Cuando amamos, testificamos a los demás que Dios está en nosotros y nosotros en él, y su Espíritu habita en nosotros. Entonces entendemos por qué Juan dice: "Hijos, no amemos solamente de palabra; amemos de verdad y con las obras".

Que Dios es misericordioso y perdonador puede ilustrarse en la vida de San Pablo. Era el perseguidor de la Iglesia, pero Dios lo perdonó y lo llevó a conocer a Nuestro Señor y el Evangelio. La escena descrita en la primera lectura de hoy trata de lo que le sucedió después de su conversión. Pablo se integró a la vida de la Iglesia al unirse al grupo de los discípulos gracias al patrocinio de Bernabé.

El viaje de Pablo a Jerusalén nos enseña algunas verdades sobre la vida de la Iglesia. Primero, aunque la fe es un compromiso personal hacia Dios, es, sin embargo, un compromiso comunitario. No podemos ser cristianos y contentarnos con vivir nuestra fe en privado. La fe nos compromete ante la comunidad de nuestros hermanos y hermanas con quienes compartimos los mismos valores del Reino de Dios.

Por eso Pablo viajó a Jerusalén para presentarse ante los apóstoles y dar cuenta de su conversión. No puede haber fe separada de la profesada por toda la Iglesia. Por eso es extraño escuchar a la gente decir: "Creo en Dios pero no me uno a la Iglesia; rezo en mi casa".

Segundo, al ir a Jerusalén, Pablo reconoce la autoridad de la Iglesia simbolizada por los líderes que estaban en Jerusalén. Aunque el Señor se le ha manifestado de

manera personal, Pablo ha comprendido que pertenece a toda la Iglesia. Los dones personales y los carismas recibidos no pueden ser motivo de ruptura con la iglesia madre. No puede haber una razón para separarse de la Iglesia o cuestionar el liderazgo establecido de quienes están a cargo de la Iglesia.

Finalmente, el enfoque de Pablo nos enseña que en la Iglesia somos complementarios y no oponentes ni competidores. Cada uno tiene su historia de cómo llegó a conocer a nuestro Señor y a creer en él. Cada uno tiene sus propios carismas y dones, pero todos estamos al servicio de nuestro Señor. Los celos y la competencia no deberían ser la suerte de los cristianos ni de los ministros de la Iglesia.

Sin embargo, no debemos olvidar que cuando una Iglesia está centrada en nuestro Señor crece bajo la guía del Espíritu Santo. Lo mismo es cierto para la vida de cada cristiano. Como dice nuestro Señor en el Evangelio de hoy: "Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco ustedes, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. (...) Sin mí nada pueden hacer".

Este punto es muy importante. Sin una relación cercana con nuestro Señor, estamos perdidos. Sin una comunidad de vida con nuestro Señor, no somos nada. Nuestro Señor es la fuente de todas las buenas obras que cualquier cristiano puede hacer.

La imagen de la vid y los pámpanos significa que nuestra vida es esencialmente la de dar fruto. Sin embargo, hay una condición para esto, es decir, estar unidos a nuestro Señor, como una rama que permanece unida al tronco del árbol para dar fruto. Entonces, nuestro Señor es el tronco de la vid y nosotros somos los sarmientos. Si no permanecemos unidos a nuestro Señor, nos convertiremos en ramas secas que ya no podrán producir fruto.

Las ramas secas representan a aquellos entre nosotros que son cristianos sólo de nombre, y a todos aquellos cuyos nombres todavía están en los registros parroquiales, pero que ya no viven las enseñanzas del Evangelio de Jesús.

Cuando nuestro Señor dice que las ramas secas serán arrojadas y echadas al fuego, nos está advirtiendo del peligro de quedarnos sin vida. También nos está invitando a esforzarnos por mejorar nuestra relación con él para que lleguemos a producir frutos abundantes. La razón es muy simple: cuando producimos frutos buenos y abundantes, el Padre es glorificado. Cuando estamos verdadera y sinceramente unidos a él, cualquier oración que presentemos al Padre es contestada.

¡Que podamos venir a lo largo de esta semana a trabajar en nuestra relación con nuestro Señor! ¡Que Dios nos bendiga en todos nuestros esfuerzos por ser cada vez mejores! ¡Que Dios te bendiga!

Hechos 9: 26-31; 1 Juan 3: 18-24; Juan 15: 1-8



Fecha de la Homilía: el 28 de Abril 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240428homilia.pdf